

la avaricia ocupa el lugar de la impureza; la codicia lleva á trabajar en día festivo, y aleja de la iglesia á aquellos á quienes en otra época habían alejado las burlas ó los sarcasmos de algunos seres de mala índole. Se ha perdido el buen camino y no se hacen más que débiles esfuerzos, que á nada conducen, para volverlo á encontrar...

Para volver á Dios, para entrar de nuevo en la senda que lleva al Cielo, sería menester armarse de valor, hacer un violento esfuerzo, repasar en medio del dolor y de la amargura del alma las faltas y las iniquidades cometidas durante los veinte, treinta ó más años que se ha vivido olvidado de Dios. ¡Una tarea tan grande asusta nuestra cobardía!.. Sería menester además, después de haber reconocido sus faltas, venir á confesarlas con sinceridad, con humildad, á los piés del ministro de Jesucristo. Pobres hijos pródigos, no estamos aún bastante despegados del mal, para tratar de volver á este precio la paz á nuestro corazón y la inocencia á nuestra alma... Sería menester, después de nuestra confesión, dejar aquel trabajo del día festivo, renunciar á unas costumbres que, al envejecer, han venido á ser para nosotros una segunda naturaleza... Sería menester asistir con regularidad á los divinos oficios, evitar tal compañía, huir ciertas ocasiones que nos llevan al mal... Verdaderamente, es exigir demasiado de nosotros, ¡y nosotros creemos que Dios, que Nuestro Señor Jesucristo, después de haber muerto por nosotros, no merece que nosotros hagamos algunos esfuerzos por él!...

PERORACIÓN. — Y bien, Cristianos, pues que somos tan cobardes, tan indignos del amor de Dios... permanezcamos en este funesto camino en el cual nos hemos engolfado desde tan jóvenes; sigámoslo con la frente alta; marchemos resueltamente hácia el infierno á donde nos tiene que llevar!... Mas nó, ¿qué digo, hermanos carísimos? Volvamos; ah! volvamos más bien á Dios á quien hemos dejado; ¡él es bueno, clemente, misericordioso!... Un esfuerzo de nuestra parte, y nos perdonará, y todo quedará olvidado, y volveremos á ser colocados por él mismo en este camino de la vida que jamás hubiéramos debido abandonar...

¡Jesús, oh buen Jesús, dulce Redentor, Salvador lleno de misericordia, dignáos concedernos esta gracia! Acordáos de vuestro amor, de vuestra cruz, de aquellos crueles sufrimientos del Calvario padecidos por noso-

tros... Acordáos de que os pertenecemos, de que somos el precio de vuestra sangre... ¡Oh! no permitais que unas almas que os fueron consagradas por el bautismo, que os pertenecían todavía en el día de su primera comunión, estén separadas para siempre de vos... ¡Buen Pastor, tomad sobre vuestros hombros y volved á conducir al redil á unas pobres ovejas extraviadas, y permitid que ellas os permanezcan fieles para siempre jamás... ¡Así sea!

### INSTRUCCION QUINTA.

TERCER DOMINGO DE CUARESMA (*en la oración de la noche.*)

De como Jesucristo nos busca cuando hemos abandonado el buen camino.

TEXTO. — *Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos.* Venid á mí todos los que estais fatigados y sobrecargados, yo os aliviaré.

(MAT., VI, 28)

EXORDIO. — Más de una vez, hermanos míos, durante las largas veladas de invierno, cuando era profunda la oscuridad, cuando la lluvia impedida por el viento azotaba vuestras ventanas y cuando oiais silvar en torno vuestro la tempestad; más de una vez, digo, habeis pensado en los pobres viajeros errantes en la llanura, y les compadeciais de todo corazón. Si en aquel mismo instante uno de esos viajeros extraviados en medio de las tinieblas, perdido su camino y no sabiendo cómo volverlo á encontrar, lanzase lastimeros gritos y pidiese socorro, aquel grito resonaría dolorosamente en vuestra alma; dejaríais sin vacilar vuestras moradas para acudir en su busca; contestaríais á sus gritos con otros gritos; encenderíais fuegos, agitaríais teas para indicarle la dirección que debería tomar y para hacerle recobrar su valor... Gracias á

aquella luz, gracias á vuestra caridad, aquel viajero, expuesto á perecer en la llanura, repuesto por vosotros en su camino, podría al fin llegar á este pueblo, que inútilmente hubiese buscado...

Pues bien, hermanos míos, hay alguno que corre con un ardor y una caridad incomparablemente mayores todavía en busca de los pobres viajeros que han perdido el buen camino: Jesucristo... Sí, os lo digo en verdad, cuando un cristiano, errante en medio de las tinieblas de la ignorancia, azotado por las pasiones como por un viento huracanado, entorpecido por la indiferencia como por una lluvia glacial; cuando se encuentra en aquellos falsos senderos del mal, desorientado y casi atontado, sin saber ya ni de dónde viene ni á dónde va; si, comprendiendo los peligros que le rodean y conociendo su triste estado, lanza hácia Dios un grito lastimero; si reclama ayuda y socorro, Jesucristo viene á su encuentro con la caridad más tierna, con el más infatigable ardor... Hasta con frecuencia, ¡oh misericordioso Salvador! no aguardais á que el pobre extraviado os llame, sino que vos vais á veces á su encuentro á pesar suyo, le llamais vos mismo con la solicitud de un padre que busca á su hijo, con la inquieta ternura de una madre que á su hijo llama...

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — Esta noche, hermanos míos, vamos á considerar, *en primer lugar*, cómo busca Jesucristo al pecador extraviado y culpable; y luego, *en segundo lugar*, dando una vuelta alrededor de nosotros mismos, examinaremos de qué modo nos ha buscado y de qué modo nos busca todavía hoy... ¡Ojalá que estas consideraciones puedan enseñarnos á bendecir su amor, y decidirnos á contestar á sus apremiantes invitaciones!...

*Primera parte.* — Como nuestro divino Salvador busca á los pecadores extraviados y culpables que han abandonado el camino del Cielo. Mientras que nos encontramos en este suelo, hermanos míos muy amados, estamos á tiempo para poder contar con la misericordia é indulgencia de Dios. Por su bondad es como principalmente se revela á los hombres... Es indudable que hay ciertos fenómenos y hasta ciertos accidentes que vienen á veces á introducir el terror en nuestras almas, á manifestarnos su poder y su justicia... En el estío, después de un día caloroso, cuando á la calma y á un cielo sereno sustituye de

repente la tempestad; cuando, pálidos y consternados, vemos desgarradas las negruzcas nubes por frecuentes rayos y deslumbrarnos con su sinistra claridad; cuando oímos los prolongados mugidos del trueno resonar por los cuatro puntos del horizonte... ¡ante aquella terrible voz del rayo que nos hace temblar de miedo, reconocemos muy bien que Dios es poderoso, que nosotros somos pequeños en su presencia!... Por otro lado, todas esas muertes repentinas é imprevistas; esos hombres triturados en las vías férreas, esos otros aplastados bajo las ruedas de sus carros; éste que fallece á consecuencia de una pesada caída, aquel otro herido por una apoplejía; sí, todos estos accidentes nos dejan claramente entrever algo de su severidad, de su justicia...

Sin embargo, es siempre cierto que como Dios se muestra principalmente en la tierra es por su amor, por su bondad, por su inefable misericordia. ¡Sí, realmente nos ama este Dios que nos ha creado, que por medio del bautismo nos puso en el camino de la vida eterna, que cada día nos conserva la existencia; es bueno este Dios que con tanta paciencia aguarda á los pobres pecadores!... Pero sobre todo, ¡cuán misericordioso es este Dios, que, aún en medio de nuestros mayores extravíos, nos busca con tanta ternura, con tanta dulzura, con tanta solicitud!...

Escuchad, amados hermanos, escuchad al mismo Jesucristo Señor Nuestro, enseñándonos en su Evangelio la manera como se conduce con aquellos mismos que le son infieles... Los publicanos y los pecadores se acercan al Salvador para oírle; los fariseos y los doctores de la ley lo llevan á mal; ¡Cómo! dicen. Este hombre, que dice ser el Hijo de Dios, que hace milagros, acoje así á los pecadores! ¡Cómo vive así en medio de ellos y come con ellos! (1). Jesús, conociendo sus pensamientos, les contesta: «¿Quién hay de entre vosotros que, poseyendo cien ovejas, y habiendo perdido una, no deja á las otras noventa y nueve paciendo, para irse en busca de la que se ha perdido, hasta que la ha vuelto á encontrar? Y cuando ha vuelto á encontrarla, la coloca gozoso sobre sus hombros, y una vez de vuelta en su casa, llama á sus amigos y vecinos, y les

(1) Lucas, XV, 4 y sigu.. Mateo, XII, 11; XVIII, 12 y sigu.

dice: Regocijáos conmigo, porque he vuelto á encontrar mi oveja que se había perdido. Asimismo os digo, continuó, que hay más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierte y hace penitencia, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de hacerla... »  
 ¿Comprendeis, carísimos hermanos míos, comprendéis bien estas palabras?... ¡Qué! para este amable Salvador, el pecador, aun cuando le ultraje, le ofenda, pisotée su sangre para savarle; el pecador no es un sér maldito destinado de antemano al infierno!... Nó, para Jesús, es una pobre oveja extraviada; ella dejó el buen camino, abandonando á las que se mantuvieron fieles; pero el divino Pastor no la ha olvidado; la busca, la persigue, y si es bastante afortunado para volverla á encontrar, no la castiga, ni la maldice; contento con haberla recobrado, la carga sobre sus hombros y vuelve á traerla dulcemente al redil... ¡Oh misericordia adorable de este dulce Salvador!...

*Segunda parte.* — Y ahora veamos, hermanos míos, de qué modo nos busca á nosotros mismos Jesucristo. ¡Ah! infelices pecadores, algunas veces nos encuentra bastante léjos en el camino del mal; nosotros hemos abandonado desde hace mucho tiempo los sacramentos; ¡tal vez los hemos profanado!... Hemos abandonado los divinos oficios, hemos trabajado en los días de fiesta, hemos olvidado el rezar... ¡Cuántas faltas graves y mortales hemos cometido contra la caridad, contra la pureza! ¿Tendremos tal vez la osadía de mirar cara á cara nuestra conciencia?... ¡Ah! cuando nos paramos á reflexionar un instante sobre el estado en que nos encontramos: « ¡Dios mio! decimos, si yo llegase á morir ahora, ¿á dónde iría?... » Entonces nos causan envidia aquellos que, más animosos que nosotros, cumplían fielmente sus deberes de Cristiano. Después este buen impulso desaparece; nuestro corazón quiere y no quiere, y volvemos á caer en nuestra miseria y en nuestra indiferencia, continuando siempre el mismo sistema de vida... ¡Oh buen Pastor, venid, venid á buscarnos, acudid á nuestro encuentro, perseguidnos, os lo rogamus, perseguid sin descanso, perseguid á unas pobres almas que quisieran perteneceros, y que no tienen valor bastante para volver á vos!... ¡Cargáos sobre vuestros hombros á esas pobres ovejas extraviadas; suavizad, para nosotros, las dificultades de la vuelta á vos;

allanad los obstáculos, ayudadnos!... ¡Oh buen Salvador, salvad, salvad nuestras almas!...

¡Ay! hermanos míos muy amados, si no hemos vuelto todavía á Dios, si no nos hemos convertido aún, si no hemos vuelto á entrar en este camino del Cielo, no es á nuestro divino Redentor á quien debemos dar la culpa; es á nosotros mismos, es á nuestra cobardía, es á nuestra indolencia... Yo quisiera, hermanos míos, poder dirigirme á cada uno de vosotros en particular, recordaros las principales circunstancias de nuestra vida, y mostraros que, en muchas ocasiones, Dios os ha buscado.. Pero ¿qué habeis hecho vosotros?... ¡Habeis huído!... ¿Qué es, decidme, este sentimiento de tristeza que habeis experimentado cuando, en un día de gran fiesta, en la Misa de media noche por ejemplo, habeis visto á gran número de fieles, vecinos vuestros, antiguos amigos vuestros, á aquellos ó aquellas que hicieron su primera comunión con vosotros, acercarse á la Santa Mesa?... Aquel deseo vago, aquellas lágrimas que saltaban casi de vuestros ojos, era la voz de Jesucristo que os buscaba; era la gracia de Dios que os decía: « Pobre alma, tú deberías ser de este número... » Vosotros no habeis escuchado aquella voz, os habeis resistido; ¡qué desgracia para vosotros!... ¿Qué es la muerte que, ante vuestros mismos ojos, mina lentamente la vida de vuestro padre, de vuestra madre ó de algún otro sér que os es igualmente caro?... Habeis visto extinguirse su vida poco á poco, como se extingue la llama de una lámpara que no está alimentada ya por el aceite.... Era también la voz de Dios que os decía bien claramente que de poco servía el trabajar, el ser rico, el amontonar dinero ó tierras: que, rico ó pobre, había que dejarlo un día todo; que lo que importaba era la salvación... Arrodillados al pié del ataúd de los padres á quienes llorabais, habeis sentido nacer tal vez en vosotros algunas reflexiones formales; era todavía la gracia de Dios quien os las inspiraba... ¿Porqué no habeis vuelto á Dios? ¿Porqué no sois buenos y fieles Cristianos? ¿Jesucristo no os ha buscado, infelices ovejas extraviadas?... ¿Es culpa suya, ó más bien no lo es vuestra, si no os encontráis hoy en su redil?...

*PERORACIÓN.* — Carísimos hermanos, tengo una confianza inmensa en la misericordia de Dios; tengo la íntima convicción de que quiere

salvarnos á todos... y en particular á vosotros que, desde tan largo tiempo luchais contra su amor... Cierta idea que desarrollaré, cierta reflexión en que insistiré, me seran tal vez inspiradas para vosotros en especial... ; Ah! hacedme el favor de recojerlas y aprovecharos de ellas!... Durante esta Cuaresma, en el momento en que Jesús dejará su tabernáculo para bendeciros; el viernes, durante el *Via Crucis*, os vendrá, os ha venido ya tal vez algún deseo, algún capricho de volver á Dios. Seguid animosamente, os lo suplico, estas buenas inspiraciones, no dilateis por más tiempo, no desoigais la voz de Jesucristo que os llama. Almas queridas, ¿ no hace ya bastante tiempo que nos persigue y busca?... No fatiguemos, pues, su misericordia; porque entonces, ; desgraciados de nosotros! sí, desgraciados de nosotros si somos bastante ciegos para resistir á las apremiantes invitaciones de nuestro buen Salvador!... Su bondad rechazada cederá el lugar á su justicia; no habiendo querido servir en la tierra á un Dios lleno de bondad y de misericordia, encontraríamos, al morir, un juez severo é implacable... ; Díguese nuestro Salvador Jesús alejar de nosotros semejante desventura !... ; Así sea!

## INTRUCCION SEXTA

MIÉRCOLES DE LA TERCERA SEMANA DE CUARESMA.

Del momento de la gracia (1).

TEXTO. — *Hodie si vocem ejus audieritis, nolite obdurare corda vestra.* Si oís hoy la voz de Dios; oh ! no endurezcáis vuestros corazones

(SALMO XCIV, 8)

EXORDIO. — Hermanos míos, el domingo por la noche os decíamos con qué ternura, con qué amor nos busca Jesucristo, cuando habemos tenido la desgracia de abandonar el camino que ha de llevarnos al Cielo... Procurámos examinar bien el modo como á nosotros mismos nos había buscado; pero, como no quise ser demasiado extenso, no traté este asunto de una manera completa: esta noche quiero volver á estudiarlo con vosotros; quiero repetiros como y en qué instantes nos llama Jesús, á fin de daros á conocer todavía mejor su amor, y de induciros á contestar con fidelidad á sus apremiantes invitaciones. « Un día, dice el Evangelio, en las cercanías de Samaria, rendido de fatiga, se detuvo apoyado en el brocal de un pozo. » — ; Oh, Jesús ! ¿ qué hacíais allí? ; A qué se debía aquella fatiga y lasitud misteriosas? — Aguardo á un alma que quiero salvar; para ella es el momento de la gracia, va á venir. — En efecto, adelántase una mujer que lleva una gran cántara de barro; era de lo que en aquella época se hacía uso para sacar agua de los pozos... Jesucristo habla con ella; la pide agua,

(1) Esta Instrucción no es del número de las que habíamos anunciado; pero hemos pensado que sería mejor reservar para las dos Instrucciones del domingo lo que debemos decir sobre la confesión... Estas pequeñas Instrucciones estan completadas, como llevamos dicho, por las *Homilias*...

y la revela su vida toda... Era una pobre pecadora, era la Samaritana, cuya historia sin duda conoceis todos vosotros. « *Si conocieses el don de Dios*, la dice nuestro dulce Salvador, si supieses las gracias que en este momento están adheridas á tí... » Aquella pobre mujer las conoció, se convirtió y contribuyó asimismo á la conversión de sus conciudadanos (1)...

PROPOSICIÓN. — Este era, hermanos míos, para aquella mujer, el llamamiento de Dios, el instante en que él buscaba su alma, el momento que tenía que decidir de su eternidad. Ella supo aprovecharlo, y aquella mujer pecadora es sin duda hoy una predestinada... Así, hermanos míos muy amados, deberíamos corresponder nosotros á las buenas inspiraciones de la gracia, y, como dice el Apóstol, escuchar la voz del Señor cuando nos llama, y no incomodarnos contra ella ni endurecer nuestros corazones. *Hodie si vocem ejus etc.* (2)...

DIVISIÓN. — Examinaremos pues esta noche: *en primer lugar*, lo que se llama el momento de la gracia; *en segundo lugar*, lo importante que para nosotros es el corresponder á esta inspiración decisiva, de la cual muy probablemente depende nuestra eternidad...

*Primera parte.* — Lo que se llama el momento de la gracia. Tal vez me sea bastante difícil, carísimos hermanos míos, haceros comprender lo que debe entenderse por el momento de la gracia. Sin embargo, cuento con vuestra inteligencia y con vuestro buen sentido cristiano; y con el auxilio de comparaciones, quizás os hagais bien cargo de mi pensamiento... Llamo momento de la gracia al tiempo en que el buen Dios nos apremia con más fuerza para que volvamos á él y durante el cual, si seguimos fielmente sus inspiraciones, se hace mucho más fácil esta vuelta á Dios... A veces este momento es, en cierto modo, rápido como el rayo, abate, aterra... Es san Pablo detenido en el camino de Damasco; parte con el objeto de perseguir á los Cristianos; de repente cae en medio del camino, como herido del rayo, y una voz le dice: « Detente, no me ofendas más; vé á encontrar al sacerdote Ananías, él te dirá lo que debes hacer. » Y dócil á esta gracia, san Pablo se convierte, y llega á ser

(1) V. S. Juan, IV.

(2) Salm. CXIV; Epíst. á los Hebr., III, 8.

el admirable Apóstol que vosotros conoceis (1)... Un jóven militar va á agregarse al ejército, inseguro todavía sobre la vocación que debe seguir; preséntase un pobre á su paso, la gracia de Dios toca su corazón, corta su capa y da la mitad al pobre para preservarle del frío; esta fidelidad en seguir una buena inspiración decide de toda su vida, y llega á ser el ilustre san Martín, la perla de los obispos de todas las Galias (2). Otras veces este momento de la gracia sigue diversas fases... Ahí tenéis al pobre Hijo pródigo reflexionando sobre su estado, comprendiendo su miseria, concentrándose en sí mismo y volviendo á su padre (3). Tal pasará, si quereis, con san Agustín, alma recta, justa, amiga de la verdad, en la cual, apesar de las pasiones y de hábitos funestos, la gracia bien acogida acabará por quedar victoriosa...

Por lo demás, hermanos míos, entremos en nosotros mismos, echemos una ojeada sobre nuestra vida pasada, y comprenderemos tal vez mejor aún lo que es el momento de la gracia.... ¿No ha habido, en el decurso de vuestra existencia, algunos instantes en que la fe, despertándose en vosotros, os mostraba, en cierto modo, de una manera más evidente la necesidad de servir á Dios, de evitar el rigor de sus juicios?... ¡Ah! entonces os estremeciais al pensar en la eternidad, en los terribles suplicios del infierno... Cuando la muerte ha llamado cerca de vosotros, cuando habeis recojido los últimos suspiros de un padre ó de una madre, cuando un esposo ó una esposa jóven todavía han sido arrebatados á vuestro amor, cuando, apesar de todos vuestros cuidados, habeis visto á la parca segar sin piedad ó un hijo ó una hija queridos en la flor de su edad, vuestro pensamiento ¿no ha ido más allá de la tumba?... Acaso al llorar sobre aquellos que os eran caros; no habeis pensado en vosotros mismos, y en la suerte que os estaba reservada?... ¡Pues bien, estas saludables reflexiones, eran tal vez para vosotros el momento de la gracia!...

Y cuando, ya con motivo de la ceremonia de una primera comunión, ya á consecuencia de algunas instrucciones que os habían conmo-

(1) Act., IX.

(2) *In vita ejus.*

(3) Lucas, XV.

vido, habeis oído como una voz secreta, que os impulsaba á volver á Dios, que parecía deciros: «Sal del estado de pecado, deja este hábito, huye esta ocasión, haz una sincera confesión de todas tus faltas; porque si llegases á morir en el estado de conciencia en que te encuentras, el infierno sería tu destino...», ¿qué era esta voz, sinó la voz de Jesucristo que os impulsaba interiormente á volver á él?... Este llamamiento era el de la gracia. ¡Ah! ¿porqué no hemos contestado á él?...

*Segunda parte.* — Ahora quisiera, hermanos míos, haceros comprender bien cuán importante es para nosotros el contestar fielmente á este llamamiento de la gracia, el seguir estas buenas inspiraciones decisivas, de las cuales con frecuencia depende nuestra eternidad... Dios no quiere violentar nuestra libertad, y por fuerte que sea la voz que nos llama, podemos no querer oírla; por tiernas, por apremiantes que sean las invitaciones, de nuestro buen Salvador Jesús, tenemos la triste facultad de resistir á ellas. Mas, sepámoslo bien, estas buenas inspiraciones, este momento, que yo llamo el momento de la gracia, casi jamás vuelve; ¡desgraciado del que no lo aprovecha!... Dios pregunta á Caín: «¿Qué has hecho de tu hermano (1)?» Es la voz del Señor destinada á hacer entrar el arrepentimiento en el corazón del fratricida. Este, en lugar de escucharle, huye. ¡Pues bien, se acabó, no habrá más gracia para él, será maldecido!... «Amigo mio, ¿porqué has venido aquí?» dice Jesús presentando sus mejillas al beso de Judas (2)... ¡Qué frase en un momento como aquel!... ¡Indudablemente era, para el traidor, el llamamiento supremo de la gracia!... ¡Oh! ¿qué debió pasar entonces en el alma de aquel pérfido?... Judas, tú resistes, no te rindes: pues bien, se acabó para tí, no más gracia, no más misericordia; en lo sucesivo serán estériles tus lamentos, inútil será tu arrepentimiento y tu muerte será desesperada...

Sí, hermanos míos, hay una gracia después de la cual Dios no nos vuelve á dar ninguna más; y así como, en su sabiduría, lo dispone todo con número y medida, de igual manera digo que ha contado el número de nuestros días, y que de este número no se pasará; así como

(1) Gén.. IV, 9.

(2) Mat., XXVI, 50.

también ha contado el número de las buenas inspiraciones que nos concedería, y hay un instante, ese instante que yo llamo el momento de la gracia, después del cual cesarán, para nosotros, las luces y las buenas inspiraciones eficaces...; Cuántas pruebas os podría citar!... Quiero citaros un ejemplo que siempre me ha afectado; la verdad es que todo sacerdote que haya ejercido durante algunos años el santo ministerio, podría referiros historias parecidas; porque desgraciadamente no son raras... A consecuencia de un accidente ocurrido en su familia, una mujer jóven aún había tomado la resolución de volver á Dios, y cumplir nuevamente sus deberes religiosos, que había descuidado desde algunos años. Fija nn día, señala una hora de ese día al sacerdote que la había de confesar. Este último se encuentra en la iglesia á la hora indicada; la penitente se olvida ó no se cuida de acudir. ¡Tres días después fallecía de repente, sin haber podido recibir ninguno de los auxilios de nuestra santa religión!... Había dejado pasar el momento de la gracia; no había tenido valor para seguir hasta el fin su buena resolución: pues bien, ¡se había acabado para ella!...

Después de todo, hermanos míos, ¿no os parece que esta conducta de Dios está muy arreglada á la justicia? ¡Cómo! Toca á un alma, la apremia, la conmueve, la hace ver claramente su estado y la necesidad que tiene de salir de él; llama vivamente á la puerta de aquel corazón y se le desprecia, se desdeñan sus inspiraciones, se toman á broma sus gracias, no se le quiere abrir!... ¿No es justo que él cese de exponerse á semejantes desaires?... Hay más, esta conducta hasta está conforme con la misericordia del Señor. Cuantas más gracias recibamos, más cuentas tendremos que dar, y seremos también más culpables si las despreciamos (1). ¡Pues bien! Dios, viendo que abusamos siempre de sus gracias, nos las retira, por temor de que nos hagamos todavía más culpables, tal como un padre se niega por bondad á dar dinero á su hijo libertino é incorregible...

*PERORACIÓN.* — Hermanos míos muy amados, ¡cuánta confusión deben causarnos estas reflexiones sobre el momento de la gracia y sobre su

(1) Conf. S. Leonardo de Port-Maurice, *Del número de los pecados y de las gracias.*

importancia!... ;Oh! lo que os digo á vosotros, á mí mismo me lo digo... Es que debemos operar nuestra salvación con temor y estremecimiento; es que la misericordia de Dios, con ser inmensa, está limitada por su justicia; es que, y os ruego que reflexionéis bien sobre este pensamiento, es que, sin duda alguna, para muchos de nosotros, esta Cuaresma, esta instrucción será tal vez el momento de la gracia, ¡el instante que decidirá de nuestra eternidad!... ;Cuán grave es esto! pero también, hermanos míos, cuán cierto es!... ;Ah! cual os decía al principiar, recordándoos las palabras del Apóstol, si hoy, durante esta santa cuarentena, oís la voz de Señor, no endurezcáis vuestros corazones... Si con motivo de tal ó cual verdad que se os desarrollará, si por virtud de las oraciones que la Iglesia multiplica en este tiempo para la conversión de los pecadores; si, digo, sentís despertarse vuestra fé, estremecerse vuestra alma, conmoverse vuestro corazón; si vuestra conciencia mejor iluminada se despierta, si los remordimientos hablan más alto; si el temor del infierno y el deseo del cielo se hacen sentir mejor en vuestras almas. ;oh, almas queridas, carísimos hermanos, nó, os conjuro en nombre de Jesús, que os llama y que os quiere salvar, en nombre de vuestra eterna salvación, á que no resistáis á estas buenas inspiraciones; tal vez ésta es para vosotros la última gracia que Dios os concede... Tal vez está cansado de aguardaros; tal vez está colmada la medida de vuestros pecados... Pensémoslo, hermanos míos carísimos, ahora que Jesús va á bendecirnos; pensémoslo también, esta noche, antes de entregarnos al sueño, y tomemos la resolución sincera, firme y eficaz de volver á Dios y de serle fieles para siempre... ;Así sea!

## INSTRUCCION SÉPTIMA

CUARTO DOMINGO DE CUARESMA (*en la oración de la noche.*)

**Orgullo, respeto humano, principales obstáculos para la confesión.**

TEXTO. — *Quorum remisertis peccata remittuntur eis, et quorum retinueritis retenta sunt.* Aquellos á quienes perdonareis los pecados, les seran perdonados, á aquellos á quienes los retuviereis, seran retenidos.

(JUAN, XX, 23)

EXORDIO. — Hermanos míos, tal vez nadie hay entre nosotros que no haya oído salir del alguna boca ignorante ó impía esta afirmación tan simple como estúpida: « La confesión de nada sirve; fué inventada por los curas. » Por poco, sobre todo, que se haya tropezado con protestantes, éstos no han dejado de repetir esta ridícula necedad. Dura es quizás la palabra; pero no encuentro otra, y me parece la única verdadera... Una comparación espero que va á hacer comprender, hasta á los niños, cuán ignorantes son los que emplean semejante lenguaje.

Figuráos que, esta noche, al subir á este púlpito, hubiese principiado mi instrucción así: « De orden de Jesucristo vengo, hermanos míos, á anunciaros que, para salvaros, es preciso que depositéis todos vuestros bienes en mis manos, á fin de que yo haga uso de ellos como mejor me acomode; es una verdad de fé; este es el precio de vuestra salvación ... » ¿No diríais todos: « ¿Cuál es este dogma nuevo, este mandamiento desconocido hasta ahora?... Nuestros padres no oyeron hablar nunca de él; es la primera vez que se nos anuncia. Si fuese cierto, no se habría aguardado hasta hoy á predicárnoslo... » Os reiríais á mis barbas; y, á la verdad, en este caso tendríais razón...